



Esa difícil costumbre de que esté muerto. Como Bird, como Bud, *he didn't stand the ghost of a chance*, pero antes de morir dijo su nombre más oscuro, sostuvo largamente el filo de un discurso secreto, húmedo de ese pudor que tiembla en las estelas griegas donde un muchacho pensativo mira hacia la blanca noche del mármol. Allí la música de Clifford ciñe algo que escapa casi siempre en el jazz, que escapa casi siempre en lo que escribimos o pintamos o queremos. De pronto hacia la mitad se siente que esa trompeta que busca con un tanteo infalible la única manera de rebasar el límite, es menos soliloquio que contacto. Descripción de una dicha efímera y difícil, de un arrimo precario: antes y después, la normalidad. Cuando quiero saber lo que vive el shamán, en lo más alto del árbol de pasaje, cara a cara con la noche fuera del tiempo, escucho una vez más el testamento de Clifford Brown como un aletazo que desgarrar lo continuo, que inventa una isla de absoluto en el desorden. Y después de nuevo la costumbre, donde él y tantos más estamos muertos.

Julio Cortázar

Daniel Cagigao

Clifford Brown: La voz más limpia

En el pensamiento de todo aficionado al jazz existen una serie de nombres de músicos, cuya desaparición en su juventud, normalmente de forma trágica, ha cortado brillantes trayectorias en un momento importante de desarrollo creativo. Tales músicos, con no más de un puñado de registros a sus espaldas, son encumbrados a la categoría de dioses por sucesivas generaciones, hartas quizás, de ver o escuchar actuaciones perfectas, pero que transmiten poco o nada. O de ver o escuchar payasadas comerciales, siempre adornadas con ruidosos acompañamientos y buenas dosis de watos.

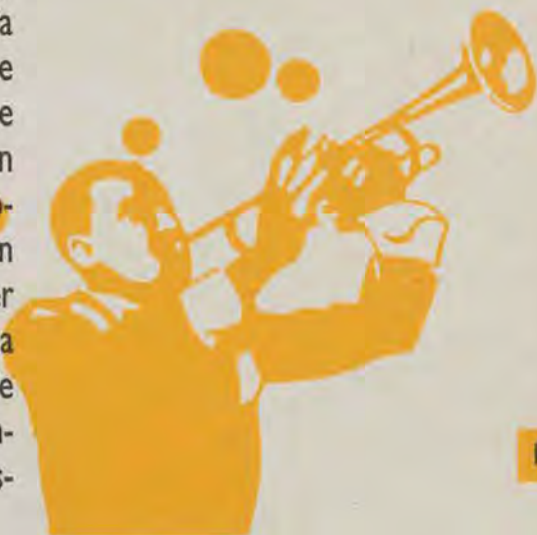
Al hilo de lo anterior, una de las mitificaciones en que pensaríamos con agrado, sería **Clifford Brown**, nacido en 1930, intelectual de la música (estudios de composición, piano, vibráfono, contrabajo, amén de su instrumento: la trompeta) y de otras cosas (a destacar

su afición por las matemáticas y el ajedrez). Sin embargo, su sentido metódico y de análisis profundo no afectaron a su música y permitieron que sus principales influencias —**Davis**, **Navarro** y **Dorham**— sentaran las bases de su bello estilo, a la vez fuerte, delicado y fluido.

Su prematura muerte a los 25 años de edad, no fue óbice para que realizara numerosas giras, a partir de su curación tras el accidente de carretera que tuvo en 1950, premonitorio del que, años más tarde, segaría su vida junto al pianista de su grupo, **Richie Powell** y a la mujer de éste, **Nancy**. En efecto, en 1951, tocó la trompeta y el piano en la gira de la banda de *Rhythm and blues* de **Chris Powell**, siguiendo en años sucesivos, sus intervenciones con las bandas de **Tadd Dameron**, **Lionel Hampton** y su famoso quinteto, con **Max Roach** de colider.

En los años cincuenta y con **Brownie**, tuvo lugar un cierto retorno hacia el bebop desde la generalización del cool, imperante por entonces. Sin embargo, aun dotando a la estructura musical de su quinteto con elementos propios del hard bop, tales como la asimilación de una cierta regularidad y simplificación del cool en su sección rítmica, mayor importancia del papel del trompetista en relación al saxofonista y tiempos fuertemente marcados por el batería con importancia en los relanzamientos a los solistas, lo cierto es que **Clifford**, con todo, mantuvo un gran sentido melódico con líneas suaves de total lógica musical.

Temas como *Swingin'*, *George's dilemma*, o *Jordu* permanecerán inmortales y aun versionadas por otros, conservarán las notas de Brownie como las auténticas.



Remember Clifford (Clifford Brown, 1930-1956), disco Mercury MCL 268. Ghost of a Chance (Young-Crosby) es el penúltimo trozo de la segunda cara.